



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	007: ESCRITOS ACADEMICOS
CAJA	020
EXP.	057
DOC.	002
FOJAS	2-13
FECHA (S)	1969

P R O L O G O.

Hace justamente un cuarto de siglo, en 1944, con pie de imprenta del Instituto de Investigaciones Estéticas, apareció esta obra de Salvador Toscano. Recibida muy favorablemente por especialistas y público interesado, hubo de ser reeditada en 1952, tres años después de la muerte del joven y ya destacado investigador. Nuevamente agotada desde hace tiempo, vuelve a publicarse ahora con fiel respeto a su texto original y con abundantes notas, como ha de hacerse con aquellos libros que, por su valor intrínseco, lo merecen. Fue el estudio de Toscano la primera gran visión de conjunto, concebida con criterio estético y adecuada información arqueológica, acerca del arte de Mesoamérica. Sin embargo, mantener la vigencia de esta obra, que no debía quedar en el olvido, suponía tomar en cuenta posteriores descubrimientos arqueológicos y en consecuencia también las modificaciones de que han sido objeto la cronología y la periodificación de las culturas prehispánicas. Homenaje a la memoria de Toscano ha sido en este sentido la acuciosa labor de quien tuvo a su cargo esta edición, la especialista en la materia, y miembro también del Instituto de Investigaciones Estéticas, maestra Beatriz de la Fuente.

Salvador Toscano (1912-1949), fue pionero en el campo de los estudios estéticos acerca de las creaciones plásticas mesoamericanas. Tema central de su atención fue siempre el pasado indígena contemplado desde distintos ángulos. Originalmente egresado de la Facultad de Leyes, su tesis profesional versó sobre El derecho y la organización social de los aztecas. Este acercamiento a la realidad jurídica del México antiguo había despertado en él mayor

interés por penetrar en la historia de las culturas nativas. Y a la postre el arte prehispánico vino a ser el asunto de su principal dedicación. Algunos cursos que siguió en la Facultad de Filosofía y Letras y su asidua relación con distinguidos historiadores y arqueólogos, acabaron de abrirle el camino. Cuando en 1936 el Laboratorio de Arte de la Universidad Nacional se transformó en el Instituto de Investigaciones Estéticas, Salvador Toscano ingresó en él como uno de sus miembros fundadores. Trabajó entonces al lado de figuras de tan reconocidos méritos como los maestros Federico Gómez de Orozco, Rafael García Granados, Vicente T. Mendoza, Justino Fernández, Francisco de la Maza, José Rojas Garcidueñas y de quien fungía como sabio y generoso director, don Manuel Toussaint. Desempeñando a la vez el puesto de secretario del Instituto Nacional de Antropología, pasó así Toscano los pocos años que había de vivir dedicado a hacer fructificar su pasión por el arte indígena. Andariego infatigable, recorrió buena parte de Mesoamérica. En muchas zonas arqueológicas pudo estudiar in situ las antiguas creaciones. Y mucho fue lo que alcanzó a allegar, incluyendo centenares de fotografías que, con sentido estético, él mismo tomaba. A él se debió también la creación de la primera cátedra que, sobre arte prehispánico, se estableció por ese tiempo en la Facultad de Filosofía y Letras y de la cual fue titular hasta su muerte. Fruto de sus múltiples afanes, y sobre todo de su reconocida capacidad de estudio y reflexión, iba a ser la obra que tuvo el valor de acometer: una historia de conjunto del arte precolombino de México y de América Central, la primera que con pensamiento estético y firme base arqueológica, llegaría a publicarse en nuestro país.

Es cierto que ya existían otros trabajos sobre el arte indí-

gena precolombino. Sin embargo lo que hasta entonces se había escrito en México o en el extranjero, aunque en algunos casos valioso, no reunía las condiciones que debían de dar forma al trabajo de Toscano. Así por ejemplo era conocida la obra de Manuel G. Revilla, publicada desde 1893, y también la de Juan José Tablada, de 1927. Ambos habían incluido el período prehispánico en sus trabajos de índole general sobre la trayectoria del arte en México. Pero obviamente ni las investigaciones arqueológicas, sobre todo en el caso de Revilla, ofrecían en su tiempo apoyo sólido y suficientemente amplio, ni los antecedentes profesionales de estos estudios pudieron permitirles algo más que bien intencionadas presentaciones de un arte que había florecido en contextos culturales de los que relativamente poco sabían.

La lista de los extranjeros que de modo general se habían ocupado del arte indígena incluía entre otros a Herbert J. Spinden, Marshall H. Saville, Walter Lehmann, Theodor W. Danzel, Thomas A. Joyce, Miguel Solá y Pal Kelemen. Trabajo muy bien recibido era el de Spinden, A study of Maya art, (1913), sólo que básicamente se refería al arte de una cultura. Saville, en sus distintas monografías, había tratado en particular de algunas formas de producción artística, el trabajo de los metales, los mosaicos de turquesa y el tallado de madera. Lehmann, distinguido discípulo de Eduard Seler, había publicado en 1921 un pequeño volumen, dentro de la serie Orbis pictus, bajo el título de Altmexikanische Kunstgeschichte (Historia del arte del México antiguo). Constituía éste un primer ensayo de valoración estética de lo que hoy llamamos arte mesoamericano pero no se encontraba en él la amplia visión de conjunto ni la copiosa información arqueológica que tanto interesaba reunir a

Toscano.

Los volúmenes publicados por Danzel (1922-1923), aunque también implicaban propósitos de apreciación estética, constituían una especie de catálogo, más bien pobremente ilustrado, con muestras de los códices, la cerámica y la escultura. Mucho más atractivo era en este sentido el libro de Joyce, Maya and Mexican art que, con buen criterio informaba y daba lugar a la reflexión sobre lo que había sido el arte indígena en la región del altiplano y en el área maya. A su vez sólo un manual, especie de guía con grandes lagunas y deficiente fundamentación arqueológica, era la Historia del arte precolombino del español Miguel Solá, aparecida en 1936. Y adelantándose en sólo un año a la publicación de Toscano, existía una última obra en la que su autor, Pal Kelemen, abarcaba las producciones de la América antigua en general bajo el poco feliz rubro de Medieval American art. En ella prevalecían una especie de actitud impresionista y un empeño por destacar lo que su autor consideró más espectacular y "genial" dentro de este arte. Y al describir la variadísima gama de creaciones indígenas como fruto de la que llama "la civilización precolombina", partió Kelemen de un punto de vista universalizante en el que concedía menor importancia, como factor en sus apreciaciones, a los datos derivados de la arqueología que permitía establecer más precisas cronologías y distintas formas de secuencia cultural en el nada pequeño ámbito del nuevo mundo. Esto inevitablemente limitó la significación de su acercamiento al arte de Mesoamérica.

Así, no obstante la existencia de éste y los otros trabajos que hemos mencionado, la obra de Toscano iba a ser nueva y auténtica aportación. Su Arte precolombino de México y la América Central

fue el tratado integral de un conocedor a fondo de la arqueología mesoamericana y a la vez acucioso crítico e historiador del arte. La estructura y el rico contenido de su libro son la mejor prueba de ello. En dos capítulos o apartados, que pueden considerarse como introducción, expone su pensamiento, primero acerca de la "estética indígena", y luego sobre la interrelación esencial que mantienen el arte y la evolución histórica de las varias culturas del México antiguo. El estudio y valoración específica de las creaciones artísticas constituyen como es natural la parte más amplia de su obra. Toscano dedica así sendos capítulos a la arquitectura, la escultura, la pintura, la cerámica, el mosaico, la plumaria y la orfebrería. En cada caso, y siempre con apoyo en fuentes y testimonios arqueológicos, distingue las producciones de los varios períodos y culturas y da entrada, cuando le parece necesario, a la pregunta sobre posibles influjos en materia artística, resultado de diversas formas de contacto intercultural en Mesoamérica. El rico mundo de las artes plásticas precolombinas es aquí objeto de historia, información minuciosa, descripción y análisis con miras siempre al acercamiento y valoración estéticos. La abundancia de excelentes ilustraciones, muchas de ellas fotografías tomadas por el mismo Toscano, fue desde luego complemento algo más que indispensable. Y otro tanto podría añadirse de las correspondientes referencias bibliográficas que acompañan a cada uno de los varios capítulos del libro.

Tal es la estructura que dió Toscano a su trabajo. Acerca de su pensamiento estético, expresado al principio de la obra, adecuadamente se ha ocupado Justino Fernández, señalando aportaciones y problemas. "Toscano -escribe el doctor Fernández-, se manifiesta-

ta como un historicista... Siguiendo a Worringer que le dió el punto de partida, como un partidario de la estética psicológica en la que la voluntad es la razón de ser de las formas artísticas en las diversas culturas. Se trataría entonces de una descripción histórica de las diversas voluntades creadoras y sus expresiones en el arte..." (1). Y en verdad no pocas cuestiones de interés primordial se plantea Toscano a la luz de las ideas que guían su pensamiento. Así, por ejemplo, tras negar la validez de un criterio absoluto de belleza, se pregunta: "¿cuál es la posibilidad nuestra, moderna, de conocimiento del arte aborígen?". El presupuesto de las voluntades creadoras y su expresión en el arte, lo lleva luego a discutir "la dinámica de los estilos" y a señalar la posible conveniencia de aplicar a determinados momentos de la evolución artística prehispánica los calificativos de "lo terrible y lo sublime". Igualmente da cabida al problema de designar como "bello" al arte clásico mesoamericano, empleando la palabra en un sentido universalizado al modo del filósofo Kant.

Y desarrollando hasta sus últimas consecuencias la idea de "la dinámica de los estilos", llega a pensar en una posible "muerte" de los mismos, decadencia que entrevé con sus ribetes no del todo ajenos al pensamiento de Spengler.

Como quiera que se le considere, el intento de Toscano de configurar una "estética indígena" constituye original aportación, elemento esencial en su propósito de ofrecer una auténtica historia

(1) Justino Fernández, Coatlicue. Estética del arte indígena, Prólogo de Samuel Ramos, 2a. edición, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional, 1959, 106.

de conjunto de nuestro arte antiguo. Y no cabe duda que su reflexión lo llevó a descubrir más de un problema en torno a asunto tan poco fácil cuanto en extremo interesante. "Toscano no ha bordado en el vacío -escribe Justino Fernández-, sus observaciones han sido hechas tendiendo la mirada a todas las culturas y a la mayoría de sus expresiones, y son por lo general correctas..." (2) Acierto suyo fue también presentar, después de sus consideraciones estéticas, una precisa imagen de las distintas etapas culturales y de cada una de las principales culturas dentro del ámbito mesoamericano. Para ello, como ya lo dijimos, se valió de las aportaciones de la arqueología, incluso de las más recientes hasta el momento de elaborar su trabajo. Recordemos por ejemplo que, al tratar de las culturas del altiplano central, toma en cuenta las exploraciones que entonces se llevaban a cabo en Tula y distingue ya tres grandes etapas culturales: la teotihuacana, la tolteca, y la que llama nahua, que comprende no sólo a los aztecas sino también a otros grupos hablantes de la misma lengua. El cuadro que ofrece acerca de los distintos horizontes culturales y sus varias interrelaciones en el ámbito mesoamericano nos muestra su nada común capacidad de síntesis.

Volviendo ahora la mirada a los capítulos en los que describe, sitúa y valora la rica gama de las artes plásticas precolombinas, aunque ya señalamos antes en resumen sus más obvios méritos, queremos recordar también algunas consideraciones que a este respecto formuló Alfonso Caso en un elogioso comentario. A su juicio, "el libro de Toscano marca un punto de partida para una serie de investigaciones sobre el arte indígena del México prehispánico, cubriendo un campo poco menos que inexplorado, el estudio de los ob-

(2) Op. cit., p. 109

jetos arqueológicos mexicanos, desde el punto de vista estético... Estamos en presencia de una documentación amplia, sólida y perfectamente al día, lo que es bastante raro cuando se trata de libros sobre el arte mexicano antiguo... Habríamos preferido que el autor no distribuyera sus materias por capítulos que se refieren a las artes: arquitectura, escultura, pintura, etcétera, sino que más bien tratara el complejo artístico dentro de cada cultura y en la sucesión de estas culturas; sin embargo, estamos de acuerdo en que, para ciertos fines, el tratamiento del tema en la forma en que lo hace podrá ser más útil..."

Toscano mismo reconoció el valor de esta sugerencia y, dos años más tarde, al publicar un relativamente amplio ensayo sobre "El arte antiguo", optó por estudiar separadamente el arte en cada una de las culturas mesoamericanas. (3) Manteniendo su propósito de comprensión estética, relacionó en él más plenamente las distintas producciones con sus correspondientes contextos culturales en busca de formas de caracterización todavía más específica. Este y otros breves trabajos que alcanzó a escribir, como su "nota preliminar" a la reproducción de las pinturas de Bonampak y su estudio en relación con "El arte y la historia del occidente de México", (4) dan prueba de que mucho más cabía esperar aún de su extraordinaria

(3) Salvador Toscano, "El arte antiguo", México y la cultura, México, Secretaría de Educación Pública, 1946, 81-163.

(4) Salvador Toscano, "Nota preliminar" en Bonampak, la ciudad de los muros pintados, estudio y copias de los murales por Agustín Villagra Caletí, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1949.

"El arte y la historia del Occidente de México", en Arte precolombino del Occidente de México, Monografía que la Dirección General de Educación Física publica con motivo de su exposición, México, Secretaría de Educación Pública, 1946.

capacidad de percepción en el campo de la estética.

Los veinte años que han transcurrido desde la muerte de Toscano en 1949 han traído consigo la difusión por todos los rumbos del mundo del conocimiento acerca de las grandes creaciones artísticas de Mesoamerica. Por una parte México ha enviado exposiciones a diversos países de América, de Europa y Asia. Por otra, notoria es la proliferación de libros, lujosamente editados, en los que con excelentes fotografías se muestran ejemplos impresionantes de este arte. De máxima importancia han sido también la amplia prosecución de las investigaciones arqueológicas, la creación de varios museos regionales y otros insitu y desde luego la instalación en nueva y magnífica sede de nuestro Museo Nacional de Antropología. Verdad indiscutible es que en la actualidad las creaciones del México antiguo tienen ya su lugar en la historia universal del arte. Una sola pregunta creemos necesario plantearnos a la vista de este tan favorable reconocimiento, ocurrido durante las últimas décadas. Aparte de la multitud de libros a los que hemos aludido, casi siempre grandes álbumes de fotografías con breves introducciones y mínimos comentarios, ¿qué es lo que en verdad se ha avanzado desde el punto de vista de los estudios estéticos, dignos de este nombre, acerca de nuestro arte prehispánico?

Dejando a un lado trabajos como el de José Pijoan, incluido en el volumen X de la Summa Artis, en el que la pobreza de información y los errores en materia arqueológica obligan a poner en tela de juicio la posible significación de la obra, hemos de decir que son bien pocas las aportaciones de investigadores de la estética, conocedores a la vez de la historia y la arqueología prehispánicas. Paul Westheim, antiguo discípulo de Worringer, debe ser mencionado

en este contexto. Entre las obras que escribió, ciertamente de atryente lectura, están su Arte antiguo de México (1950), e Ideas fundamentales del arte prehispánico (1957). Y aunque en ellas asoman criterios apriorísticos de valoración, que naturalmente no siempre iluminan lo que fue la realidad cultural indígena, es indudable que el fino sentido de Westheim alcanzó logros muy dignos de tomarse en cuenta. Con método distinto, y sin el propósito de ofrecer un cuadro de conjunto del arte precolombino, lugar principal ocupan los trabajos del ya mencionado Justino Fernández. El bien conocido crítico e historiador del arte en México, ha sido el primero en relacionar los textos de la antigua literatura náhuatl con creaciones plásticas provenientes de esa misma cultura. Por el camino de una acuciosa descripción fenomenológica, en la que se atiende a la visión indígena del mundo, a las antiguas tradiciones literarias, al contenido de los códices y a lo que ha revelado la arqueología, ha ensayado nuevos acercamientos a obras maestras de la escultura azteca. Su libro acerca de Coatlicue, la diosa madre en el México antiguo, ha revelado las posibilidades de esta forma de análisis y comprensión. Otros trabajos suyos, en los que aplica el mismo método, como los que se refieren a las esculturas de Xochipilli y de la diosa Coyolxauhqui, muestran igualmente que esta manera de enfrentamiento, esencialmente a la luz de la propia cultura indígena, es raíz de genuina valoración estética. (5)

(5) Justino Fernández, "Una aproximación a Xochipilli", Estudios de Cultura Náhuatl, Vol. I, México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1959, 31-42, y, "Una aproximación a Coyolxauhqui", Estudios de Cultura Náhuatl, Vol. IV, México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1963, 37-53.

Podrían mencionarse además otros pocos estudios como los de Miguel Covarrubias, Georges Kubler e Ignacio Bernal, que han sido también contribución a la historia y crítica del arte indígena. Justamente quien ha tenido a su cargo preparar y anotar esta tercera edición del libro de Toscano, la ya mencionada maestra Beatriz de la Fuente, al igual que su colega en el Instituto de Investigaciones Estéticas, la señora Martha F. de Molina, son autoras de muy apreciables trabajos sobre la escultura de Palenque y la ornamentación arquitectónica de Uxmal, respectivamente. (6) Hay que decir, sin embargo, que el campo de la estética prehispánica sigue ofreciendo posibilidades, tan grandes como la riqueza misma de los vestigios arqueológicos de multitud de lugares en la vasta extensión de Mesoamérica. Y en este sentido hemos de repetir que, por su enfoque y por haber presentado la primera gran visión de conjunto, el libro de Salvador Toscano ha sido y seguirá siendo lo que ya señalaba don Manuel Toussaint en su prólogo a la primera edición del mismo: la historia indispensable, "aunque no definitiva, aunque susceptible de rectificaciones en su detalle y aun en sus juicios... guía autorizada, especie de código que no impone sino que consigna simplemente lo que se sabe y lo que se ignora, lo que se supone o se imagina dentro de los datos conocidos acerca del arte en México..." Por esto precisamente, y no sólo porque pudiera pensarse que se trata de un clásico, la obra mantiene su valor.

(6) Beatriz de la Fuente, La escultura de Palenque, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional, 1965.
Martha Foncerrada de Molina, La escultura arquitectónica de Uxmal, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional, 1965.

Y sólo nos resta decir que, al aparecer ahora tan acuciosamente anotada por la maestra Beatriz de la Fuente, y enriquecida con mayor número de ilustraciones, el lector tiene ante sí una doble forma de estudio y atracción. La primera y más obvia se deriva de la lúcida exposición que debemos a Toscano. La otra la ofrecen las notas que permiten acercarse a la vez a dos momentos distintos de lo que han sido las investigaciones arqueológicas en México. El texto de Toscano, reproducido sin cambiar palabra, refleja la visión de estas culturas con toda la información al alcance hasta el año de 1944; las notas de esta edición muestran el cuadro de lo que hoy sabemos con base en las exploraciones y estudios de veinticinco años más. Y aunque el factor conjugado tiempo e investigación ha venido a modificar cronologías e hipótesis respecto de los horizontes culturales, el lector podrá apreciar que la estética de Toscano y su estudio de tantas muestras de la plástica nativa, no han perdido interés ni significación. Por eso añadiré que me alegra poder recomendar de nuevo este libro, hasta hace poco de ya muy difícil obtención, y hoy, por tercera vez, pulcra y dignamente reeditado.

Miguel León-Portilla
Director del Instituto de Investigaciones
Históricas.